



**UNIVERSIDAD  
ACADEMIA**  
DE HUMANISMO CRISTIANO

**Autismo y Fobia  
Social:  
aproximaciones  
y distancias  
psicopatológicas**

**Mónica Vergara**

## RESUMEN

EL PRESENTE ARTÍCULO BUSCA INTERROGARSE ACERCA DE POSIBLES RELACIONES ENTRE AUTISMO Y FOBIA SOCIAL. PARTIENDO DE LA BASE QUE SE TRATA DE CUADROS PSICOPATOLÓGICOS CON DIFERENCIAS SIGNIFICATIVAS TANTO EN TÉRMINOS FENOMENOLÓGICOS COMO TEÓRICOS, PERO QUE SIN EMBARGO PRESENTAN UN PUNTO DE ENCUENTRO FACTIBLE DE SER VISTO EN ALGUNAS DESCRIPCIONES CLÍNICAS. AMBOS PRESENTAN UNA IMPORTANTE EVITACIÓN AL CONTACTO SOCIAL Y AQUELLO LLEVA A PREGUNTARSE POR EL LUGAR DEL OTRO EN LA CONSTITUCIÓN DEL SUJETO Y MÁS ESPECÍFICAMENTE POR EL TERROR ANTE LA MIRADA DE ÉSTE.

**PALABRAS CLAVE:** AUTISMO, FOBIA, FOBIA SOCIAL, ANGUSTIA, MIRADA.

## ABSTRACT

THE PRESENT ARTICLE IS INTEREST IN WONDER ABOUT SOME POSSIBLE RELATIONS BETWEEN AUTISM AND SOCIAL PHOBIA. UNDERSTANDING THAT THIS PSYCHOPATHOLOGICAL DISORDERS HAS SIGNIFICANT DIFFERENCES IN THEORETICAL AND PHENOMENOLOGICAL TERMS, THEY HAVE A MATCH WHICH CAN BE SEEN AT DESCRIPTIONS IN LITERATURE AS MUCH AT CLINICAL FACTS. BOTH PRESENT AN IMPORTANT AVOID TO SOCIAL ATTACH AND THAT MAKES A QUESTION ABOUT THE PLACE OF THE OTHER AT THE SUBJECT CONSTITUTION AND MORE SPECIFICALLY, ABOUT THE LOOK WHO BECOME TERRIFYING.

**KEYWORDS:** AUTISM, PHOBIA, SOCIAL PHOBIA, ANXIETY, LOOK.

# Autismo y Fobia Social: Aproximaciones y Distancias Psicopatológicas

Mónica Vergara<sup>1</sup>

Es perfectamente posible que a primera vista se considere que autismo y fobia son cuadros psicopatológicos muy distantes entre sí, y probablemente se trate de una consideración bastante correcta tanto clínica como psicopatológicamente. Sin embargo, hay un punto de encuentro, pero que implica precisar el tipo de fobia que permite pensar una relación entre ellos. Se trata de la fobia social, una clase de trastorno que puede sumir a un individuo en una seria merma en su vida personal, social y/o laboral.

La pregunta que intentará responder este artículo y que hace de puente entre el autismo y esta fobia en particular, gira en torno a qué miedo (o angustia, u otro afecto) se apodera del autista y del fóbico social cuando se observa en la clínica aquella suerte de intolerancia a la presencia del Otro, o de los otros. Formular esa pregunta dará espacio para intentar precisar lo que se pueden considerar similitudes o diferencias respecto de dicho punto de encuentro.

## La Fobia Social

La fobia social, o trastorno de ansiedad social, como también es llamado por el DSM IV (1995), es ubicada en este manual como parte de

<sup>1</sup> Mónica Vergara M. Psicóloga - Analista en Formación. Sociedad Chilena de Psicoanálisis. E-mail: movera@uc.cl

los trastornos de ansiedad y descrita en su característica principal como “el miedo persistente y acusado a situaciones sociales o actuaciones en público por temor a que resulten embarazosas” (p. 421). Algunos otros aspectos señalados en los criterios destacan la respuesta inmediata de ansiedad cuando se ven expuestos a estos estímulos, respuesta que puede llegar al “sumo terror” (p. 421), lo que suele llevarlos a presentar conductas de evitación<sup>2</sup>.

Por su parte, la literatura psicoanalítica revisada no destina demasiado espacio a este tipo de fobia, la que parece escaparse a las categorías tradicionales que ocupan su interés: fobias de objeto y fobias de situación (Assoun, 2002), donde las fobias a los animales y las agora y claustrofobias son las representantes más típicas. Sin embargo, Assoun (2002) describe el caso de una mujer que le tenía “miedo a todo” (p. 28), señalando que se trata de una “antropofobia”, es decir, un temor a la gente. Lamentablemente no profundiza mayormente en el caso, pero se podría usar esta mención para decir algunas cosas.

Pensamos que una fobia social parece tener elementos tanto de las fobias de objeto como de las situacionales y el mero hecho de decir que presenta aspectos tanto de una como de otra hace pensar que algo no parece ser fácil de distinguir en este cuadro. Presentaría elementos de situación porque podría confundirse con una agorafobia, ya que el fóbico social busca aislarse pese a su anhelo de compañía. Se aísla para evitar la angustia insostenible de *estar afuera entre todos*. Pero también parece tratarse de una fobia de objeto, donde el objeto es esta vez un ser humano, otro como él. Aquí vale la pena detenerse, ¿qué significa que el objeto fóbico pueda ser un ser humano (o unos

seres humanos)? En palabras descriptivas significa que el temor suele depositarse en todas aquellas otras personas que no se corresponden con sus más cercanos familiares, y decimos *suele* porque algunos de estos pacientes comunican que su angustia también se presenta con familiares cercanos no directos (tíos, primos, etc.) y que concordantemente sus familiares directos los señalan como retraídos, hoscos y profundamente tímidos.

Sufrir de temor a la gente, como señalaba Assoun, implica prácticamente una vida invadida por el miedo, a no ser que puedan ser mantenidas algunas estrategias de aislamiento (no ver a nadie, no hablar con nadie, encerrarse en la casa, en fin), limitaciones que son prácticamente imposibles de llevar a cabo del todo, por lo que el paciente suele experimentar su angustia fóbica con relativa frecuencia, pese a sus esfuerzos por evitarla.

Hay algo radical en una fobia que *elige* por objeto algo tan preciso y al mismo tiempo tan difuso (porque puede estar en todas partes) como otro ser humano, es decir, en algún sentido una fobia al otro como tal.

Nos preguntamos ahora por el nivel de simbolización involucrado en la fobia social. Puede prestarse a equivocación asimilar a *progreso* el hecho que el objeto fóbico sea en este caso “la gente” y no una cosa, un animal o una situación específica. Por un lado se encuentra la “aptitud para la simbolización” de la angustia de castración (Assoun, 2002, p. 107), donde las zoofobias tienen un lugar privilegiado en comparación a las agorafobias: “en la medida que identifica su objeto en la persona del animal predilecto -el fóbico percibe al animal como “persona”: el pequeño Hans tiene miedo al “señor caballo”, a tal punto que le atribuye un “bigote”-. La fobia al espacio es difusa por esencia. Pero precisamente, vuelve más flagrante la desorganización especular” (p. 107). Sin embargo, cabe hacer notar que hay un trabajo elaborativo cuando el animal es percibido *como persona*, pero sin *ser* una persona. Freud (1909) manejaba la hipótesis del desplazamiento

2 Según lo indicado en el DSM IV, las personas diagnosticadas de fobia social generalizada, suelen presentar a la vez un trastorno de personalidad por evitación. Si bien no interesa para los objetivos de este artículo profundizar en las posibles implicancias estructurales de considerar en este caso un trastorno de la personalidad, si importa destacar el acento puesto sobre una conducta organizada en torno a una respuesta evitativa asociada a la fobia social.

de la angustia de castración desde el padre hasta el caballo, en otras palabras, desde la persona (una en particular) hasta el animal, hecho que implicaba que Hans realizara un complejo trabajo de sustitución.

Entonces, ¿qué grado de simbolización hay cuando la angustia de castración ha sido desplazada hacia “la gente”?; ¿qué tan eficaz ha sido la represión si la castración se ha ocultado tras la fachada de *gente*?; ¿acaso ambos objetos no están demasiado cerca?; ¿no hay allí algo demasiado literal?

De cierto modo lo que queda en cuestión aquí es la eficacia de la operación de condensación, ya que el agente de la castración, el padre, ha sido desplazado hacia *todos los demás*, como si se hubiese producido una multiplicación al infinito del objeto, o, lo que parece ser lo mismo, una división infinita de éste<sup>3</sup>.

Assoun (2002) puede iluminar parte de estas preguntas al referirse a la fobia a las personas extrañas. Citando a Freud en *Inhibición, síntoma y angustia* (1925), rescata el lugar de la madre en la problemática fóbica: “Las misteriosas fobias a la soledad, a la oscuridad, a las personas extrañas pueden comprenderse como reacciones al peligro de la pérdida de objeto”. Lo interesante es que la persona extraña cristaliza la angustia porque aparece en lugar del otro esperado, o en otras palabras, la desaparición de la madre es abstracta y sólo se hace real con la aparición de una persona que no es la madre (op.cit.).

Agrega luego otro elemento que resulta coincidente con la idea antes planteada acerca de la presencia del objeto fóbico en todas partes. Assoun se pregunta por la posibilidad de que la agorafobia pueda contener un “sentimiento de estar limitado por todas partes por un rostro de la

persona extraña, la que viene en lugar del objeto esperado” (p. 80).

Una paciente, Amelia, intenta describir su padecer como la permanente y casi indiscriminada sensación de que si llega a ser vista por alguien (ya que suele sentirse absolutamente invisible), con seguridad serán vistos sus innumerables defectos, lo que la volverá objeto de burla y rechazo por parte de todos.

Ahora bien, Amelia lo puede decir y lo puede decir a su terapeuta.

¿Pero de qué habla Amelia? Resulta nuevamente preciso y vago al mismo tiempo el que se refiera a “alguien” o a “todos”; es claro que se refiere a personas, ¿pero qué es lo que de ellas resulta amenazante e incluso aterrador? Se tienen algunos indicios ya que menciona repetidamente la inclusión en la escena fóbica del sentido de la vista: “ser vista por alguien”, “serán vistos” sus defectos, se sentirá absolutamente “invisible”. Es decir, algo que tiene que ver con la mirada del otro puesta sobre ella, una mirada y un juicio despiadado del que necesita huir con imperiosidad.

Assoun (2002) se referirá a un aspecto doble de la mirada de angustia en la fobia, la mirada del objeto fóbico y la mirada del sujeto fóbico: “el objeto fóbico está relacionado con la mirada: es propiamente lo que no puedo ver sin que me provoque angustia” (p. 24). Señala que mientras el objeto sea visto, la condición para el miedo estará cumplida, lo que explicaría que se experimente la angustia aun cuando existan medios protectores (por ejemplo, ver al animal fóbico desde atrás de una reja), o incluso se trate de representaciones del objeto más que la presencia del objeto en sí (sentir angustia al ver al animal en televisión, o en una foto, dibujo, etc.). Sin embargo, también señala que “el sujeto fóbico se siente mirado por el objeto, el objeto “lo mira”, en sentido propio y figurado” (p. 24).

<sup>3</sup> Esta idea, no publicada, le pertenece al psicólogo Fernando Contreras, quien me la comunicó en una conversación informal acerca de las hipótesis de este artículo.

## Problemas centrales del autismo

Decíamos que Amelia podía decir algo acerca de su padecer, algo que aunque no fuese todo, o aunque fuese sólo un señuelo, era un intento por comenzar a hablar acerca de sí misma y, por cierto, de ser escuchada en aquello que decía (y que no decía).

Nos aproximamos a una diferencia fundamental: el autista no puede hablar, o como dice Soler (2004), se trata de sujetos hablados por otros, “hay en el Otro significantes que los representan” (p. 64), pero no han podido apoderarse de éstos para posteriormente poder significarse a sí mismos. El autismo, así como la psicosis, se encuentran fuera del campo del discurso ya que en ellos no han podido consolidarse las operaciones de alienación y separación que respectivamente les habrían dado el pase para la inscripción en el discurso.

Soler (2004) señala algunos rasgos de los niños autistas que resultan fundamentales al momento de pensar una relación con la fobia social:

- “Son niños que están como perseguidos por los signos de la presencia del Otro, y muy especialmente por dos objetos, la mirada y la voz (...) la presencia es intrusiva” (p. 68).
- La anulación del Otro, en el sentido de la anulación de los signos de la presencia de éste (op. cit.).
- “El rechazo a lo que el Otro puede intimar a través de su palabra” (p. 69). Son niños que no llaman, no entran a la demanda.
- En el sentido concreto del término, estos niños no llegan separarse de la madre o del terapeuta (op. cit.).

Por su parte, resulta sorprendente comparar la descripción que hace Tustin (1988) respecto de los niños autistas con lo que se ha enfatizado a propósito de la fobia social. Sostiene que lo que diferencia a un niño autista de cualquier otro

paciente es que “evitan relacionarse con la gente” (p. 678). Parece llamativo que se asigne tanta importancia diagnóstica a una característica que, como se ha visto, describe muy bien otro tipo de padecimientos. Puede que los restantes elementos mencionados por Tustin sean más exclusivamente distintivos del autismo, o dicho de otra manera, la evitación a la relación no puede entenderse si no es encarnada en los aspectos que explicarían dicha evitación: una conciencia muy reducida de su propia existencia y “poca o ninguna conciencia de que tiene un cuerpo de carne y hueso” (p. 678). Es del todo coincidente con Soler cuando usa la palabra *intrusión* para señalar que los niños autistas temen ser tocados por las personas.

Interesa particularmente la utilización de la figura del *caparazón* para describir la evitación al contacto. Éste le permitiría permanecer en un estado de encapsulamiento que lo preserva del “trauma de la separación corporal con la madre que amamanta”<sup>4</sup> (p. 682).

La idea de un caparazón resulta familiar a la experiencia de tratar con pacientes fóbico-sociales, pero en un sentido un tanto diferente. Lo que está sobre el tapete cuando se habla de caparazón es la cuestión de la piel, de la cobertura del sujeto, pero de manera tal que dicha piel, o frontera de contacto, es a la vez una caparazón y una tela de cebolla, gruesa y firme para los ojos del objeto fóbico, y leve y delgada para los ojos del sujeto fóbico. El analista, en tanto representante de los

4 En el artículo citado, Tustin elabora una hipótesis etiológica del autismo que se centra “en una interacción entre una madre que, no por culpa de ella, no pudo estar tan en contacto con el bebé como hubiese querido, y un bebé especialmente sensible que necesitaba de cuidados especiales” (p. 678). Desarrolla como ejemplo el caso de un niño autista que durante el proceso terapéutico revivió la experiencia traumática de la separación corporal con la madre. Nos parece ver aquí una importante diferencia con la comprensión de Soler y de otros representantes de la escuela francesa, quienes sitúan el punto de quiebre autista en este “más acá de la alienación” (p. 60). Del modo que hemos entendido esta afirmación, el autista no podría haber experimentado algo del orden de una separación ya que precisamente para que algo así suceda debe pre-existir un estado de unión, en circunstancias que lo que parece haber ocurrido en estos casos es una significativa dificultad para constituir esa unión por medio de la investidura significante de ese bebé.

otros, percibe la eficacia de las defensas puestas por el paciente para el establecimiento de contacto, el que resulta (para paciente y analista) difícil, frágil, arriesgado y ciertamente angustiante.

Por su parte, el sujeto fóbico parece transmitir que dicha eficacia ha sido relativa ya que cualquier movimiento “inadecuado” por parte del analista (y estos pueden ser hasta los más nimios) puede echar todo a perder y elevar los montos de angustia al punto de encenderse el deseo imperioso de huida. En resumidas cuentas, parece que esta piel tan sensible a la mirada y las palabras tuviese una doble faz, de modo que una cara es fuerte mientras que la otra es débil. No resulta tan claro poder especificar cuál de ellas da hacia el exterior y cuál hacia el interior, o si tal vez esa distinción tampoco es del todo precisa.

### **La introducción de la mirada: el Otro de la fobia y del autismo**

Para entender el lugar que ocupa el Otro en la dinámica fóbica, Assoun (2002) acude al carácter de la angustia, en este caso, su carácter devorador.

Lo interesante es la presentación que hace el autor del debate entre la comprensión freudiana y lacaniana de dicha angustia. Mientras Freud es firme y consistente en sostener que los contenidos de la angustia fóbica son siempre los sustitutos de la angustia de castración operada por el padre, en Lacan el Otro devorador estaría situado en la madre. La madre podría devorar “con la voracidad de su propia falta” (p. 102), y agregará Assoun que Lacan (en *La relación de objeto*) acentúa la dolorosa seducción de la madre que luego de hacer uso del hijo como objeto, lo desestima, “dejándolo reducido a una peligrosa vacancia” (p. 102).

Amelia arranca a esconderse a su pieza cuando sus primas llegan de visita a su casa. A veces hace esfuerzos concientes por quedarse un rato a compartir, pero al poco andar ya no puede soportarlo y

huye. Sus primas son todo lo que ella no es, o eso es lo que cree que piensa su madre: son gritonas, extrovertidas, simpáticas, con personalidad. Ella observa a su madre desviar la mirada hacia sus primas como si quedase encantada, flechada por ellas, mirada desviada que la deja perdida en el espacio, repentinamente invisibilizada y es allí cuando la angustia la expulsa hacia su dormitorio. Amelia piensa que su madre no se da cuenta de que ella se ha ido. No soporta la soledad entre todos y va en búsqueda de otra soledad.

Dice Assoun (2002): “el objeto fóbico es lo que no puedo ver” (p. 124). Amelia no puede ver a su madre dejando de mirarla a ella, cae en un vacío y ya no tiene de dónde sujetarse. La pérdida de la mirada de la madre la des-sujeta, como si por breves instantes, al menos los que la separan de su dormitorio, el yo de Amelia perdiera su alienada unidad arrojándola al espacio insoportable de lo real.

El Otro en el autista es un Otro defectuoso, con una cierta inadecuación a la castración que lo hace completo, total, carente de un espacio donde sea posible formularse la pregunta acerca de “lo que quiere de mí”; en otras palabras, si de nada carece, entonces nada puede desear, nada le puedo dar. Esta formulación permite entender el “más acá de la alienación” de Soler (2004), en tanto no hay posibilidad de introducir nada del orden del deseo, de la demanda, quedando ese cuerpo anudado al campo de la necesidad, un cuerpo en lo real, despedazado, restado de narcisismo primario (Masotta, 2006) y desanimado libidinalmente (Soler, 2004).

Laznik-Penot (2003) dirá que en la causa del autismo encontraremos la no mirada de una madre, la no mirada de un niño y una madre que no se percata de ello, siendo este último elemento el más importante.

Como fue mencionado anteriormente en este artículo, los índices de la presencia del Otro parecen perseguir atterradoramente a estos niños, en especial la mirada y la voz (Soler, 2004.). Se

podría pensar en los posibles significados de esta reacción: ¿acaso la presencia del Otro sin falta colma el espacio al punto de la imposibilidad de la co-existencia?<sup>5</sup>

Soler (2004) rescata de entre la literatura testimonios en que los trastornos de la mirada en estos niños quedan en evidencia a raíz de analistas que informan que los únicos momentos en que pueden ser testigos de la mirada del autista es cuando precisamente están ellos mismos *como* *idos*. Esta mirada que elude la mirada del Otro estaría al servicio del rechazo a los signos de la presencia.

La presencia del Otro como agente perturbador, aterrador en el caso del fóbico y generador de estados estuporosos en el caso del autista (Soler, 2004), pone al clínico en un lugar descriptivamente similar, y comprensivamente diferente.

“Su propia estabilidad depende de que el Otro no se mueva” (p. 71), dirá Soler a propósito del autista, mientras Assoun (2002) señalaba que “el objeto fóbico es lo que no puedo ver”; en ambos casos el clínico tendrá que situarse en una suerte de estado de levedad que en ocasiones se torna paralizante. El fóbico social puede angustiarse con las intervenciones del analista que puedan parecerle intrusivas, y con frecuencia todas parecen serlo, así como también puede manifestar angustia (y muy significativa) en momentos de silencio prolongado de éste, despertándose intensos afectos paranoides.

Este último aspecto servirá para explicar por qué en términos comprensivos, el lugar del analista es diferente. “Parecería que estos niños

(autistas) permanecen más acá del umbral de toda simbolización. La comparación con el pequeño paranoico es al respecto esclarecedora” (Soler, p. 70). Se podría pensar en el fóbico como este pequeño paranoico que amenazado por la angustia de ser devorado por el Otro-madre o castrado por el Otro-padre se “inscribe a Otro ya tachado, “barrado” {barré} por un deseo o un goce enigmático, incluso persecutorio” (op. cit.). El pequeño autista, en cambio, no puede ni siquiera esto, es decir, no queda anudado a ningún deseo; no lo persigue ningún enigma, ninguna pregunta, más bien evita una presencia; “El Otro queda para él como puro real” (op. cit.).

Lo anterior hace pensar en que si bien es posible encontrar momentos de la clínica del autismo y la fobia social en que el analista puede sentirse paralizado, o necesitado de permanecer inmóvil, donde parece estar en presencia de caparazones, encapsulamientos o impensables debacles psíquicas, es el movimiento de salida de esos estados, los que pueden responder a comprensiones metapsicológicas diferentes. El qué hacer en esos instantes no puede ser pre-escrito, pero sí puede ser iluminado por el lugar del Otro que se juega en cada caso. Como sugiere Soler (2004), tal vez son ruidos y no voces los recursos a los que se puede acudir cuando el paciente es un pequeño autista. Tal vez hay que prestar oído a la demanda y cuidar la mirada cuando el fóbico es el que habla.

## Referencias Bibliográficas

*DSM IV Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* (1995), Masson S.A., Barcelona.

**Assoun, P.** (2002), *Lecciones psicoanalíticas sobre las fobias*. Nueva Visión, Buenos Aires.

**Freud, S.** (1909), *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (caso del pequeño Hans)*. Vol X. O.O.C.C. Amorrortu, Argentina.

**Hawking, S.W.** (1988), *Historia del tiempo. Del big bang a los agujeros negros*. Grijalbo Mondadori, Barcelona.

5 Surge una idea, aún no profundizada, referente al efecto sobre la percepción del tiempo en el niño autista, en tanto el Otro hace un uso intrusivo del espacio donde éste se sitúa. Cuando Hawking (1988) explica la teoría de la relatividad señala que la masa de los objetos tiene la capacidad de curvar la relación espacio-tiempo y luego agrega: “Otra predicción de la relatividad general es que el tiempo deberá transcurrir más lentamente cerca de un cuerpo de gran masa como la Tierra” (p. 58). ¿Puede el Otro, con su presencia inmensa, generar efectos sobre el tiempo, allí en el real donde se ubica el autista?

**Lasnik-Penot.** (2003), *Lo que el autismo puede enseñarle a los psicoanalistas*. Ed. Amalgara.

**Massota. O.** (2006), *Lecturas de psicoanálisis Freud, Lacan*. Ed. Paidós. Buenos Aires.

**Soler, C.** (2004), *El Inconsciente a cielo abierto de la psicosis*. JVE Ediciones.

**Tustin, F.** (1988), *Ser o no ser: un estudio acerca del autismo*. Psicoanálisis APdeBA – Vol. XVII – Nº 3 - 1995.